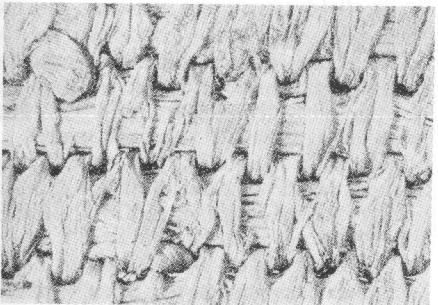
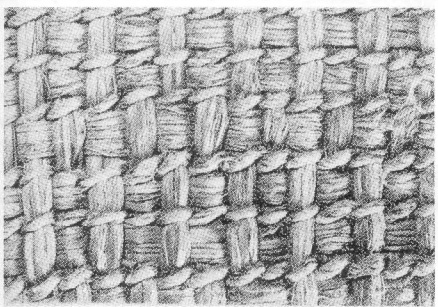
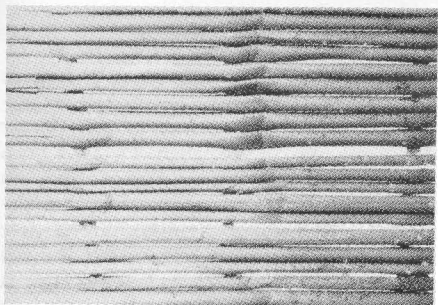
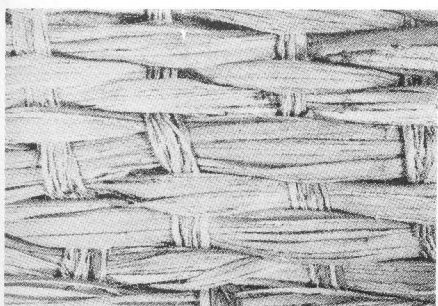
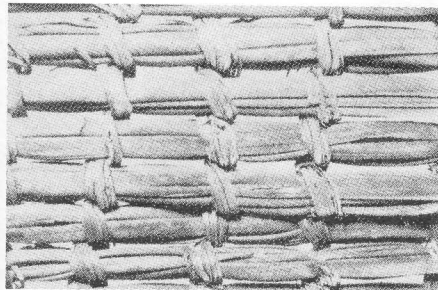
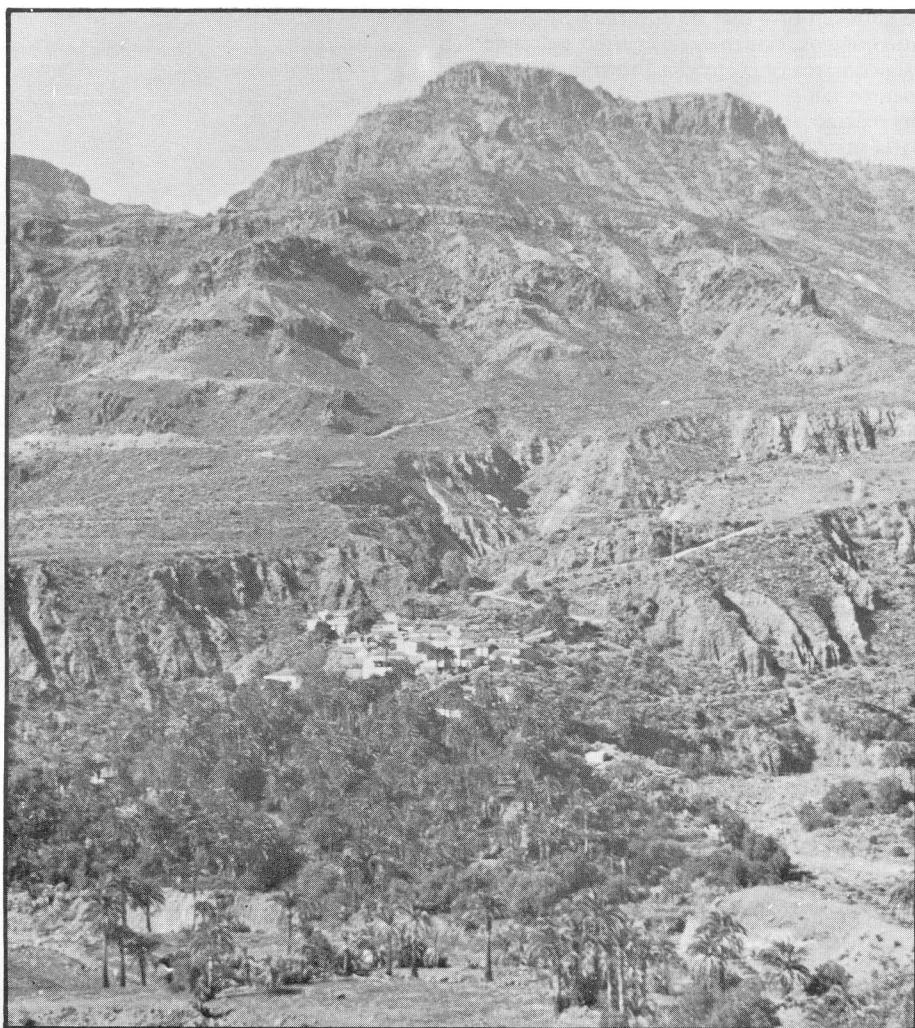


público; y constituye, evidentemente, una importante aportación para aproximarnos al conocimiento de nuestro ayer donde reside la base de nuestra cultura.



TIPOS DE TEJIDOS



SANTA LUCIA DE TIRAJANA, ESENCIA DE LA CANARIEDAD

Hacer un canto a Tirajana es lo mismo que exaltar la esencia de la canariedad. Porque Tirajana posee los dos elementos fundamentales que presiden la realidad de las Islas Canarias: el paisaje y el hombre. Alzándose sobre la impresionante caldera que se precipita desde el Pico de las Nieves, las Tirajanas ofrecen uno de los paisajes más imponentes y dramáticos del archipiélago. Un panorama que desvela las encendidas entrañas del volcán y que se nos ofrece como un momento interrumpido en la formación de un nuevo astro. Aquí se asientan secretas unidades cósmicas que decantan sus milenios. Por encima de las estribaciones del Risco Blanco, la sobrecogedora arquitectura de acantilados cae en cerca de mil metros. Y, en la dirección hacia la costa, la Fortaleza o el Roque Aguayo son hitos presentes de antiguas convulsiones, mientras que el barranco de Tirajana desliza sus cauces ahora sedientos hasta las tierras de aluvión de Sardina del Sur. En este escenario de petrificados crepúsculos, el hombre se siente sobrecogido por el misterio de una naturaleza que se impone sobre cualquier otra realidad. Pero, ayer como hoy, el tirajanero convive en armonía con el medio, dialoga con la tierra y la domina pero la respeta y la ama. Su presencia secular se fue plasmando en las antiguas casas rurales y en

lejanos caseríos que —lamentablemente para los canarios de la ciudad— constituyen ya hoy un museo de lo que fue nuestra vida rural hasta hace treinta años. Es ese isleño austero y sacrificado —nuestro canario de cumbre—, que ha luchado duramente por la supervivencia en un medio natural hermoso y agradable, pero difícil y escasamente propicio a responder con generosidad. Este tirajanero es nitidamente representativo del canario de la cumbre, testimonio del esfuerzo trabajador de nuestros campesinos que además de cubrir su cotidiana jornada de sol a sol, en muchos casos se ha visto obligado a fabricar denodadamente los propios terrenos para los cultivos, a construir sus canales para el regadío o a penetrar en la tierra buscando el agua que la sequía y los monopolizadores le negaron.

FOCO DE LA PREHISTORIA DE GRAN CANARIA

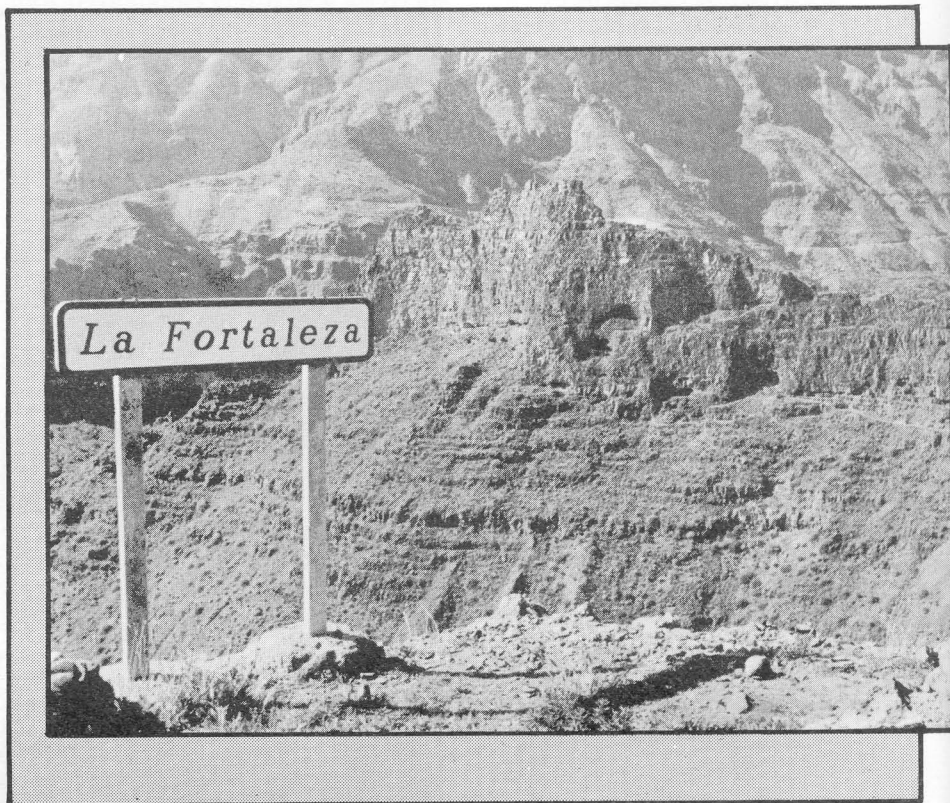
El campesino y la tierra, el hombre y el paisaje; en ellos está la definición de esta Tirajana, cuyo pasado se remonta a las más profundas raíces del ser de Canarias. Porque Tirajana fue centro de la prehistoria gran Canaria y escenario relevante de los acontecimientos que significaron el tránsito a la historia. Piénsese, tan sólo, que en las Tirajanas

se conocen hoy más de 80 yacimientos arqueológicos, evidencia de la importancia de esta comarca en la antigua Tamarán. Monumentos tan relevantes como los petroglifos del macizo de Balos, santuario de la prehistoria insular. Y téngase también en cuenta un detalle significativo: Tirajana es la localidad que aportó en el siglo pasado a la literatura etnológica universal un vocablo genuinamente canario: “pintaderas”, estos sellos de barro típicos de las artes artesanales prehistóricas de Gran Canaria. Las pintaderas fueron conocidas y estudiadas por primera vez en todo el mundo por René Verneau en el viaje científico que hizo a nuestras islas en el último tercio del siglo XIX y, concretamente, en ocasión de su visita a Tirajana, en algunas de cuyas cuevas se conservaban todavía estos objetos a los que se les llamaba “las pintaderas de los canarios”. El mismo nombre de Tirajana es una denominación aborigen y, aún en el presente, la Fortaleza y otros monumentos tirajaneros se imponen en la realidad de nuestros pueblos y nos trasladan el hábito de lo que el propio Verneau denominó el “culto de los lugares elevados” y el espíritu heroico del que fueron escenario. Víctor Grau-Bassas, primer conservador del Museo Canario, en la obligada excursión que hizo, en aquellos mismos años, por muchas localidades de la isla, visitó Tirajana y se aventuró por sus más escarpados sitios. En el diario de sus exploraciones habla de la caldera de Tirajana y aprecia “lo verdaderamente salvaje de la naturaleza de semejante sitio”. “Toda la caldera — escribió entonces — está formada de agujas de basalto y paredes verticales, interrumpiéndose para formar pequeñas mesetas y seguir su eterna vertical. El color negro de la roca la hace más imponente”. El explorador describe el almogarén del Alto del Campanario y nos aporta un interesante documento sobre la Fortaleza de Santa Lucía que constituye uno de los vestigios más singulares de nuestro mundo prehistórico. Como también son sumamente interesantes las pequeñas “Venus” aborígenes, de señaladas concomitancias con las del Mediterráneo oriental y el mundo euroasiático de hace cuatro o cinco mil años.

Esta consideración de Tirajana como foco cultural importante de nuestra prehistoria nos plantea una connotación actual: la necesidad de atender en cuanto sea posible a la conservación de nuestros monumentos prehistóricos e históricos, en cuanto que son testimonios de nuestras raíces y de nuestra personalidad como pueblo. Exigencia que pasa insoslayablemente por la difusión de su conocimiento entre nuestras gentes para conseguir que los valores del pasado sean hoy asumidos en su justa dimensión y, por consiguiente, respetados y amados, porque, como ha expresado el antropólogo Ki-Zervo: “Vivir sin historia es ser un desecho o tener las raíces de otros. En la marejada de la evolución humana es aceptar la función anónima del plancton y del protozo”.

EL TRANSITO A LA HISTORIA

“Ansité tiene un gran valor simbólico por ser el escenario postrer de la heroica resistencia indígena frente a la aplastante superioridad de fuerzas de los castellanos”. Esta consideración del historiador Antonio Rumeu de Armas sintetiza el papel desem-



peñado por Tirajana en un hecho trascendental de nuestra historia: la conquista de Gran Canaria. En estas escarpadas cumbres de la isla los canarios dieron el último testimonio de su acendrada heroicidad. El día en el que definitivamente cesó la lucha hubo un eclipse de sol, según relata el cronista Diego de Valera. La Fortaleza de Ansité simboliza desde entonces el valor de los antiguos canarios. Fray José de Sosa nos recordó posteriormente el episodio:

“Estando los canarios juntos en Bentayga, y Pedro de Vera con los demás capitanes en la villa de Gáldar, rehaciéndose los unos y los otros, hubo tratos y envió mensajeros D. Fernando Guanarteme a los canarios acerca de que se rindiesen. Los cuales sabiendo por la luz natural que el servir es una muerte con desdoro, y el morir en defensa de su patria es una muerte gloriosa; y que el soldado no es señor de su vida, sino de la mayor conveniencia del reino, no lo quisieron hacer, mas ante teniendo noticia que venían sobre ellos y viéndose con poco mantenimiento, se levantaron de este lugar o torre Bentayga y caminaron al lugar de Tirajana, tomando los mantenimientos por el camino que podían haber fácilmente a las manos, y se hicieron fuertes en un peñón que llaman Ansité. Caminaban tras ellos tres valerosos capitanes españoles, a quienes gobernaba Rodrigo de Vera, hijo de Pedro de Vera, y D. Fernando Guanarteme, que en pelear hacía más que todos; y llegando al peñón, los cercaron por diversas partes, procurando ofender a los canarios. Empero ellos se defendían con varonil esfuerzo haciendo mayor daño”.

Al final, los supervivientes no tuvieron otra alternativa que la de someterse para intentar salvar sus vidas:

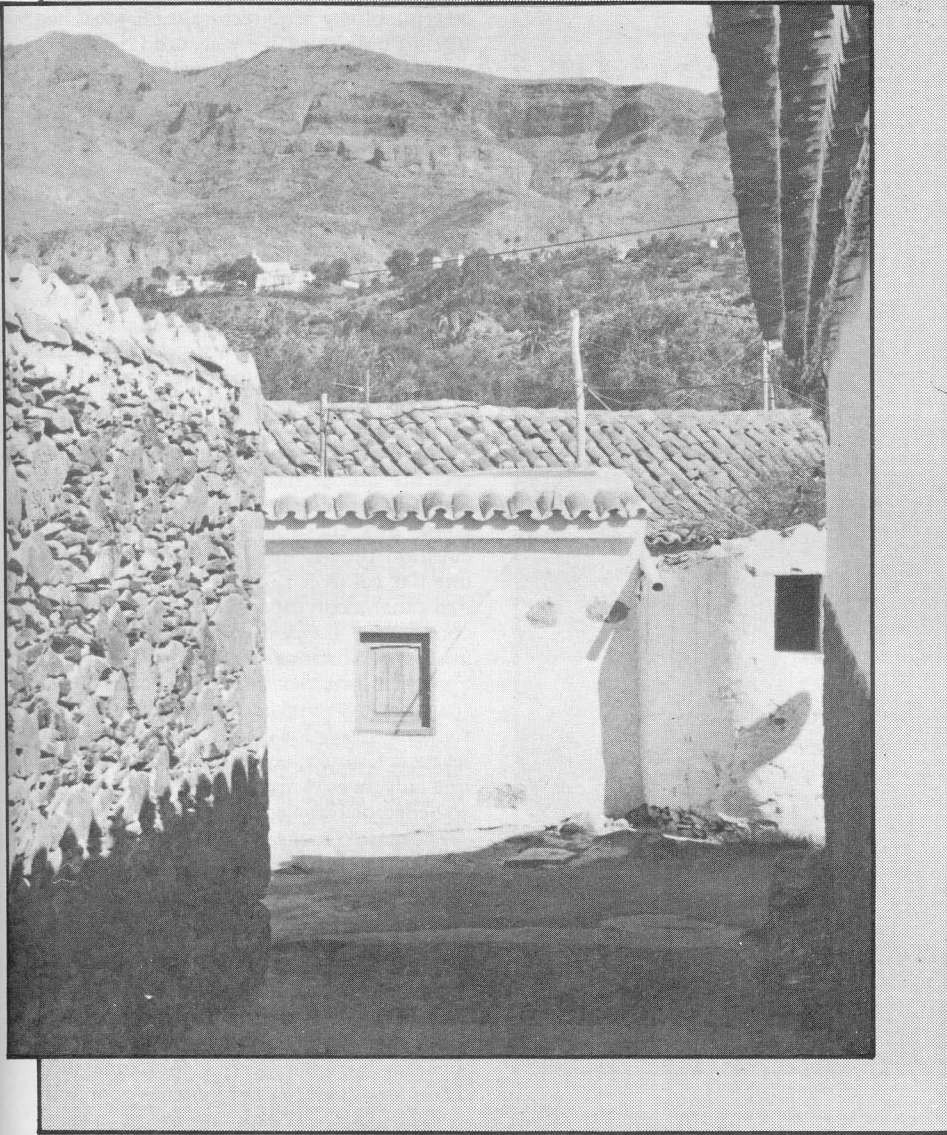
“Con parecer y voluntad de sus dos tíos el Faicán de Gáldar y el Faicán de Telde, se concertaron las paces; diciendo ellos que

todos los cristianos se retirasen a el Real de Las Palmas, porque no se habían de entregar sino a Pedro de Vera, como capitán general, que representaba la persona del señor rey de España; y esto de su voluntad misma, porque no se había de entender, que los habían rendido, quitándoles a su señora, quedando ellos vivos.

Hecho este concierto, los capitanes recogieron su gente y marcharon al Real de Las Palmas, confiados y seguros de la palabra de los canarios que jamás faltaría, por ser de lo que más se preciaban. De allí a poco vinieron los canarios y trajeron consigo, con mucha veneración a su señora. Traíanla cuatro hidalgos de cabellos rubios, puesta sobre unas andas, vestida de un zamorro de pieles curiosamente dispuesto y labrado, que la cubría toda. Tocada como cristiana y bien prendida a su uso. Adornada de muchas curiosidades, que tenían habidas de los cristianos. Venían sus dos tíos, el Faicán de Gáldar y el de Telde a los lados, mas no parejos, con ella, sino algo hacia atrás. La demás gente principal e hidalgos, de los que podían traer cabellos largos, unos acompañándola adelante, y otros sirviéndola atrás con mucha gravedad y compostura modesta”.

Tras casi siete años de luchas, así concluía la conquista de Gran Canaria. De Ansité nos hablan casi todos nuestros cronistas e historiadores; además de los mencionados Valera y Sosa, aparece citado en las crónicas de la conquista de Gran Canaria y en las versiones de Sedeño y Gómez Escudero, así como en las obras de Abreu y Galindo, F. López de Ulloa, Marín y Cubas, P.A. del Castillo, Viera y Clavijo y Millares Torres. Excepto Abreu al que sigue Viera, todos lo sitúan en Tirajana.

Junto a la significación histórica de Ansité, la reflexión que el presente nos pueda demandar sobre aquellos acontecimientos



nos obliga a concebirlos en su exacta dimensión; es decir, subrayar que se trata de hechos que ocurrieron hace cinco siglos, que forman parte de la historia y que son nuestra historia. A través de éstos, los habitantes de la isla entraron en el mundo moderno, en un contexto que para las Islas Canarias prelude el descubrimiento de América, evento fundamental que convirtió a nuestro Archipiélago desde entonces en una plataforma marítima y mercantil importante. Queremos resaltar aquí en tal sentido la exigencia de conocer nuestro pasado, de conocer nuestra historia para sustentar un nexo adecuado con nuestra temporalidad y para fundamentar nuestra conciencia como comunidad histórica. Ello quiere decir que, desde esta perspectiva, debemos de contribuir al ascenso de nuestra conciencia histórica promoviendo y facilitando la investigación y la difusión de todas aquellas parcelas de conocimiento que integran la personalidad histórica, social y cultural de nuestra comunidad.

TIRAJANA EN LA VIDA TRADICIONAL CANARIA

Tirajana posee todas las características que conforman una comarca canaria tradicional. Es una excelente representación de la

vida laboriosa y sencilla, tranquila y espon-tánea. Al igual que en otras comarcas de la isla, en el siglo XVI se estableció aquí un ingenio de caña de azúcar, propiedad de Tomás Rodríguez de Palencia, poseedor también de otro en la costa de Gáldar. Esta industria persiste en el recuerdo a través del nombre de un hermoso caserío tirajano. Los cultivos ordinarios —frutales y cereales— fueron típicos de Tirajana en las pasadas centurias. Las Constituciones Sinodales del Obispo Murga (1633) nos dicen de este lugar: “Los frutos que en él se crían, pan, vino, carnes y frutas, son muy sabrosos y sanos, los mejores de estas islas”. Y con motivo de la visita que, poco más de un siglo después, hizo el obispo Dávila se nos da noticia de la comarca de Tirajana en estos términos: “... lo que tiene de hermoso el Valle, tienen de áspero las entradas. Tiene muy buena Iglesia, con su Cura, tres ermitas, que son Santa Lucía, Santiago, y la de Nuestra Señora de Guadalupe, que aunque va puesta en el término de Agüimes, es porque desde allí se le asiste: había otra de San Joseph, que está caída en el término que llaman de arganiguín. Compónese de 416 familias, y de ellas hay en el sequero 29; en Riscos Blancos 28; en la Montaña 13; en Taydía 20; Rosiana 18; en Casas Blancas 19; Lugarejo 56; en el Ingenio 14; en Sorrueda 15; en el Barranco 10; en el Sitio 13; en

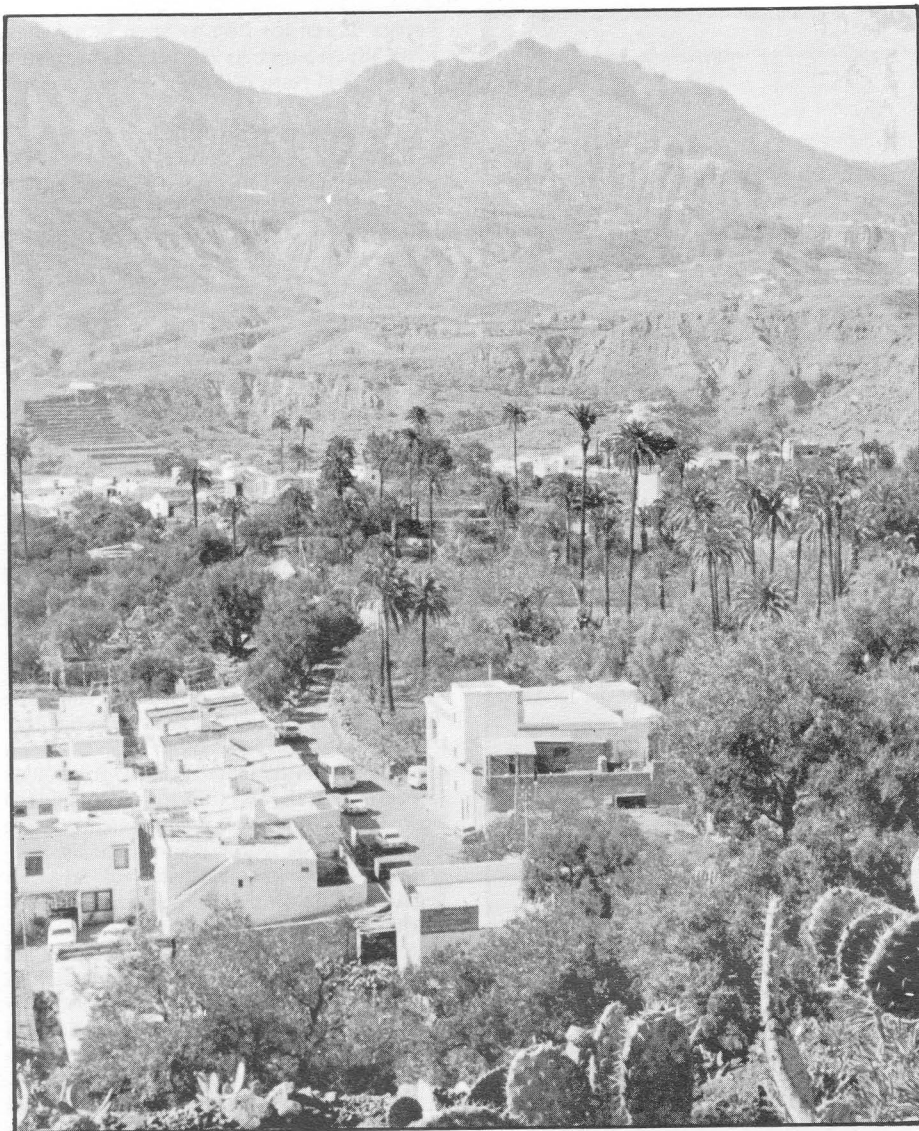
Fataga 62; en los Lomos 8; en Lomo de la Plata 18; en Santiago 9; en Ayacata 15; en la Plata 9. Y el resto en el pueblo, que se llama Tunte”.

Esta población equivale a unos 2.000 habitantes, la misma que proporciona el historiador Pedro Agustín del Castillo por las mismas fechas: “su vecindad, de cuatrocientos y dies y seis vesinos, muchos negros, que se mantiene su color tan atesado como si vinieran aora de Guinea, ignorándose el tiempo de su entrada; sí sólo se sabe que son libres de cautiverio”. La población negra a la que alude Castillo tiene su origen en los esclavos que se trajeron para el ingenio de azúcar; se asentaron especialmente en el caserío de Moriscos, y alguno de ellos destacó en el campo de las armas; concretamente el capitán Juan Felipe Liria.

En la segunda mitad del siglo XVIII y durante el intervalo de años existente entre los censos de Aranda y de Floridablanca se observa un notable incremento en la población de la comarca, que en el segundo supera ampliamente los tres mil habitantes, acercándose ya a los cuatro mil en el censo remitido desde Gran Canaria a la Real Cámara de Castilla en el último año de la centuria.

A largo de los siglos Tirajana es un pueblo eminentemente agrícola. Junto a los cultivos cerealeros, su paisaje se ha visto embellecido por el olivo y el almendro, y se cosechan otros frutos como naranjas, guayabos, albaricoques, ciruelas, etc. Su privilegiada climatología ha permitido la moderna introducción de árboles tropicales. Pero también es un pueblo artesanal, en el que destacó el trabajo de las hilanderas y las artesanías de la palma y el junco, las esteras y la cestería. De la Tirajana tradicional son hermoso testimonio los caseríos de la Sorrueda, el Ingenio, El Valle, Rosiana, Moriscos y otros, en los que nuestra arquitectura popular grancanaria mantiene toda su funcionalidad y toda su equilibrada belleza, plenamente armonizada con el medio natural y el paisaje. Y perviven aún algunos molinos que de instrumentos valiosos para una economía de subsistencia que fueron en otros tiempos han devenido en relictos museísticos.

Y qué decir del pueblo, del mismo casco de Santa Lucía, al que la amante y delicada atención de los vecinos mantienen como uno de los más bellos y cuidados de la isla y del archipiélago. Estas casas blancas como la nieve, estos balcones repletos de flores, estos patios cubiertos de helechos, estas calles limpias y tranquilas, revelan la conciencia de una comunidad y el auténtico sentido de los valores que aquí impera. Cuando más de una vez he recorrido las calles del pueblo guiado por mi buen amigo Vicente Sánchez Araña, que tanto ha hecho por la conservación de los valores tradicionales de Tirajana, he tenido oportunidad de detenerme en varias de sus casas y gozar contemplando esos pequeños museos que adornan patios y salones, nacidos de la mano cariñosa de la mujer tirajana como expresión de sus deseos de conservar nuestras tradiciones y todo lo que ellas significan. Y me parece legítimo hacer desde aquí un canto a la mujer de Tirajana que siempre ha tenido un papel relevante dentro de la institución social, por su trabajo en el hogar, su brega en el campo, su habilidad en la artesanía y su función de austera y eficaz administradora de los bienes de la familia.



Esta descripción y estos recuerdos encierran indiscutiblemente una apología de la vida tradicional y sencilla. Y ésta debe ser también nuestra reflexión al abordar este aspecto de la realidad tirajanera, reflexión que se basa en el reconocimiento de los valores propios de aquella, tanto en la vertiente del hábitat como en la dimensión de la convivencia social. Así como nuestra meditación nos lleva al elogio del pintoresquismo, de la armonía con el medio, de la perspectiva paisajística, de la tranquilidad y del saber vivir en el presente; en realidad, de todo lo que hoy demandamos para una auténtica calidad de vida. Si Santa Lucía de Tirajana tiene hoy el gran privilegio de haber sabido guardar y de gozar de estos valores, es también un ejemplo para todos, un modelo que debemos tener siempre a la vista ante los problemas que ha planteado en la isla el cambio social.

LA EXPERIENCIA DEL CAMBIO SOCIAL

Santa Lucía de Tirajana es un sitio de pétreos contornos cumbreños y también municipio de costa que se extiende hasta el mar desde Sardina del Sur y el Doctoral, a través de los llanos del Sud-este grancanario. Si la cumbre ha permanecido fiel a sus valores, en la costa es bien visible el cambio vivido en los últimos 20 años. El cultivo del tomate —protagonizado por las sufridas fa-

milias de aparceros—, además del desarrollo de la industria turística en el Sur de Gran Canaria y el “boom” de la construcción propiciaron el precipitado surgimiento de un núcleo urbano espontáneo y escasamente ordenado en los márgenes de la carretera sureña. Esta es la otra imagen del municipio, la que revela las repercusiones que en una comarca modesta ha tenido el cambio económico y social de los últimos decenios. Hablamos aquí, en general, del tránsito desde una sociedad predominantemente rural y del modo de vida tradicional del campo a una sociedad de servicios con un intenso proceso de urbanización, tránsito en el que se produce un desvanecimiento de los antiguos valores y un fenómeno de aculturación. En este período se intensifica el desmoronamiento de las estructuras antiguas (modo de producción campesino, hábitat y familias tradicionales) y, en este proceso, el isleño de los campos y pueblos del interior ha ido dejando atrás los instrumentos mentales que le facilitaban la interpretación de su propio medio y que le permitían atender a las exigencias sociales de su anterior universo rural. Tenemos, así, planteado un problema cultural de base que está en la misma raíz de situaciones negativas y que podríamos calificar como la encrucijada interna de Canarias. Una vertiente singular de tal proceso es la continua y acelerada degradación del medio natural y del medio agrícola de las islas que, como Gran Canaria,

soportan mayor población. Vegetación y masas forestales, paisajes y lugares pintorescos, pueblos y arquitectura tradicional han sufrido un implacable y absurdo deterioro, producto de la edificación anárquica, desordenada y poco ética que ha invadido amplias extensiones de las más pintorescas y de más rica agricultura de nuestras islas.

La experiencia, el mensaje, que nos depara esta nueva realidad nos traslada a una cuarta vertiente de los problemas de nuestra sociedad hoy. En la base de la modesta urbanización de Vecindario se halla el viejo problema social de la aparcería y esta apreciación nos obliga a demandar una sociedad más igualitaria y más justa; una sociedad equilibrada que suprima elementos patógenos generadores de situaciones negativas en el cuerpo social.

La reflexión sobre el cambio social más reciente que se ha producido en Canarias nos lleva a plantearnos el problema cultural como una cuestión de orden, como una cuestión previa, que hemos de encauzar e intentar resolver si queremos una comunidad canaria con capacidad de autodirección consciente. Es por consiguiente, nuestra misión institucional y nuestra misión social el contribuir a elevar la conciencia de nuestro pueblo y a promover y difundir entre todos nosotros los contenidos fundamentales de la Cultura, aquí y ahora, entendiendo que cultura es el nivel de consciencia en una sociedad de trabajadores.

Nuestro mensaje comporta también el atender al desarrollo de la autonomía de Canarias y de los canarios, de los aquí nacidos y de los que aquí viven y trabajan. Sin una base social fuerte, sin una base social consciente de su propia realidad y de sus posibilidades, será mucho más difícil y complejo alcanzar el autogobierno que nuestra sociedad demanda. Por ello es fundamental engarzar la implantación institucional de la autonomía con el fortalecimiento de la consciencia social y el estímulo del entusiasmo colectivo de todos los canarios.

FIESTAS DE LA LUZ

Las fiestas de Santa Lucía de Tirajana entrañan la denominación más bella y la más sugerente: las Fiestas de La Luz. Pregonar es publicar y anunciar en voz alta para conocimiento de todos, y aquí hemos de pregonar bajo el cielo limpio y puro de las Tirajanas, estas Fiestas de La Luz, de una luz que ha de simbolizar la libertad, la solidaridad, el respeto y la consolidación de los derechos humanos, el respeto a las personas y la convivencia en paz.

Pregonar es también alabar en público hechos, virtudes o cualidades de una persona. Y aquí hacemos el público elogio del pueblo de Tirajana como depositario de los valores de la canariedad. En el transcurso de nuestra exposición hemos sintetizado los mensajes que a todos nos merece la realidad de Tirajana: El respeto a nuestras raíces y a nuestro patrimonio histórico, el conocimiento de nuestra historia como parte fundamental de nuestra consciencia de pueblo, la asunción de los valores de la vida tradicional como elemento de una verdadera calidad de la vida y el fortalecimiento de la cultura y la consciencia social como fundamento de nuestro progreso de autodirección.

ALFREDO HERRERA PIQUE